

Alberto Gárate Rivera

Las distintas que son iguales

El naufragio de las invisibles

PRÓLOGO A CARGO DE

Manuel Hernández Pedreño

Octaedro 

Las distintas que son iguales. El naufragio de las invisibles

Primera edición: marzo de 2019

© Alberto Gárate Rivera

© De esta edición:
Ediciones OCTAEDRO, S.L.
Bailén, 5, pral. – 08010 Barcelona
Tel.: 93 246 40 02
www.octaedro.com
octaedro@octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17667-27-6
Depósito legal: B. 5956-2019

Maquetación y producción: Ediciones Octaedro
Diseño cubierta: Tomà Capdevila
Fotografía de la cubierta: Alberto Gárate Rivera

Impreso en Ultradigital Press, S.A. de C.V

Impreso en México - *Printed in Mexico*

¿La historia forja el desconsuelo o ya viene con nosotros al abrir los ojos al mundo?

Agradecimientos

Este libro se cocinó al fuego de varias voces. Permanentemente me acompañó una frase de una entrañable amiga, quizás la frase más amorosa que me haya expresado en estos treinta años de movernos en el campo de la educación social. **Cecilia Contreras**, socióloga de raíz y de acción, me escribió: «Me quedo pensando en Borges y la vida de María, y me pregunto: ¿a qué hora andas hurgando las letras de otros? ¿Cómo se encuentra en un infinito de palabras lo que traduce en unos párrafos toda una vida? ¿Y a qué canija hora te sobra el tiempo?».

Carlos A. González fraguó la idea y yo me subí a ella. Él, con su energía imbatible, su lectura voraz, su pensamiento que no muestra fatiga ni a la media noche. Lo hablamos muchas veces: en el caso de María, yo me iría por un sendero tan estrecho que no cabe más que mi pluma; él iría con los otros por una avenida mucho más común y transitada.

Otra de las voces fue la de mi colega **José Luis Bonilla**, un académico pulcro y metódico. En pleno fragor de las microhistorias, me escribió: «La pasión por la narrativa te es más fuerte que muchas otras cosas; si

ello te da para la microhistoria de María y puedes mover algún espíritu, debes seguir empeñando tu vida a ello y asumir las consecuencias. Tus palabras van más por la sensibilidad que puede tocar la razón y llevar a la reflexión: eso me parece muy bueno». No hubo mejor aliento que esas palabras.

Mireya Salazar, José Luis Espinosa y Néstor Robles me leyeron entre pausas laborales y luego, cuando ya lo ameritaba, se tendieron en las sombras de una tarde para meterse de lleno en la historia. La noche los sorprendió y ellos seguían corrigiendo. Los abrazo.

Dedicatoria

Tuve la urgencia de terminar este libro desde que escribí el párrafo inicial de la primera microhistoria. Y es que, desde ese momento, supe que la mejor lectora que tendría, al mismo nivel que las mujeres de mi vida, sería la nana Chinda, mi madre. Ella leerá *Las distintas que son iguales* con una intensidad que le vendrá del silencio de la media noche, y la revelación aparecerá en una madrugada. Desde su íntima existencia sabrá que, pudiendo ser igual a María, su vida fue muy distinta. La nana Chinda lo sabrá mejor que nadie.

Prólogo

Sobre desigualdades, pobreza y exclusión social

El profesor Alberto Gárate nos describe en esta obra la historia de una heroína, de una superviviente en un contexto sumamente hostil. No es ciencia social al uso, al modo habitual, no es la modalidad clásica de historia de vida; es más bien un relato de vida narrado desde la más honda de las sensibilidades. Hay pocas regularidades, quizás un nuevo formato o estilo de enseñar y hacer ciencia donde se emplean múltiples recursos, como recurrencia a otros textos, no siempre estrictamente científicos, aunque de gran nivel; o reflexiones compartidas con colegas y compañeros.

Es un gran trabajo, necesario para comprender los procesos de exclusión social en México y en cualquier parte del mundo. Es tan denso en contenidos que da la oportunidad de reflexionar sobre todos los tipos de desigualdad y sobre los procesos multidimensionales de exclusión social que generan nuestras sociedades. Todas las desventajas están en María, la protagonista,

y en su condición social. Será un estupendo manual para alumnos, docentes y amantes de la lectura con sentimiento.

El autor, haciendo honor a su legado académico y científico, en el texto destaca la centralidad del enfoque de las diez capacidades de Nussbaum (vida, salud, integridad...), en consonancia con la pedagogía de la alteridad que viene practicando y defendiendo en otras obras.

El profesor Gárate no ha estado solo en esta obra, sino muy bien acompañado: ha tenido muy cerca a sus amigos y compañeros de tareas académicas, ya sea con una proximidad física (Cecilia Contreras, Carlos A. González, José Luis Bonilla, Mireya Salazar, José Luis Espinosa y Néstor Robles), ya sea desde otro continente amigo, a los que refiere en su texto (Pedro Ortega, Eduardo Romero o Ramón Mínguez). Además, recoge las relevantes aportaciones de grandes teóricos actuales (Bauman, Lipovetsky, Cortina o Beck, entre otros), sin olvidar los guiños literarios a las historias contadas por Gabriel García Márquez o Juan Rulfo.

Esta riqueza sugiere la oportunidad de referir y debatir sobre los conceptos de *desigualdad*, *pobreza* y *exclusión*; sus definiciones, características y consecuencias, al tiempo que se plantean las conexiones entre estos y otros fenómenos como la vulnerabilidad o la marginación. Por supuesto, la raíz es siempre la desigualdad social. El enclasmamiento desde el nacimiento en un espacio de exclusión permanente. No es pobreza ex-

trema, es pobreza desde la desigualdad, es «caminar en círculos».

¿Qué es la desigualdad?

El término *desigualdad* es un proceso social holístico, inclusivo de todos los grupos sociales que, en su interacción, se dividen y separan entre sí en función de la distribución diferenciada de bienes, servicios y oportunidades entre los diferentes grupos de población (Béjar y Hernández, 1993: 9-10).

Como señala Anderson (2014: 191), se estudia la desigualdad por una diversidad de razones: para identificar sus fuentes, sus consecuencias, el grado en el que la desigualdad es deseable y los vínculos dinámicos entre desigualdad y pobreza, o tratando de discernir las grandes fuerzas estructurales que la impulsan. Los sociólogos tendemos a suponer que la desigualdad importa debido a que viola los principios de justicia social, el contrato social, o porque socava los fundamentos de una sociedad humana coherente y funcional. Por su lado, algunos economistas opinan que no importa, aduciendo que la desigualdad genera incentivos en mercados competitivos, mientras que para otros sí importa, porque afecta al crecimiento económico, que es el cimiento del progreso social. Habida cuenta de donde estamos socialmente, está claro el pensamiento reinante y dominante en nuestro mundo global y, en particular, en América Latina.

Así lo expone Cortés (2016: 24) cuando insiste en las repercusiones de la desigualdad social, vaticinando una evolución y tendencias nada optimistas:

La combinación de los altos niveles de desigualdad en la distribución del ingreso con el avance del mercado sobre el estado tiende a repercutir sobre la desigualdad social, tanto en el empleo como en la educación, la salud, la vivienda, el espacio público y residencial, etc., y segmenta la vida social. Los estratos sociales tienden a residir en sectores cada vez más circunscritos de las ciudades, asistir a espectáculos específicos donde la mezcla social es mínima, los hospitales se jerarquizan y lo mismo ocurre con las escuelas, los lugares de entretenimiento, etc. Así, los países se transforman poco a poco, concentrando el poder, la riqueza y los ingresos, pero pagando el costo de la pérdida de cohesión social: cada vez es menor el número de nacionales de un país que comparten un mismo proyecto social, a la vez que aumenta el número y fracciones de los «otros», ajenos y desconocidos.

«La desigualdad mata», nos decía Therborn (2015), aludiendo a las distancias existentes entre países ricos y pobres y a sus múltiples consecuencias: muerte prematura, mala salud, humillación, subyugación, discriminación, exclusión del conocimiento o de la vida social, pobreza, inseguridad... La desigualdad, por tanto, no es exclusivamente una cuestión de dinero.

En efecto, la desigualdad mata, y no solo en el mundo pobre, como muestra Therborn. Recientemente, en España, país supuestamente desarrollado, asistíamos al suicidio de una mujer amenazada de desahucio por impago de alquiler; divorciada y con un hijo emancipado, vivía sola. Se han propuesto medidas desde el gobierno español, pero llegan tarde para Alicia.

Pobreza y exclusión social

La pobreza es la carencia de unos mínimos para sobrevivir con dignidad. El Banco Mundial marca esos mínimos para los países en desarrollo, tomando como referencia el porcentaje de personas de un país que sobrevive con menos de un dólar y algo al día. Se trata entonces de pobreza absoluta y se realizan estimaciones para poder verificar que se va reduciendo a escala mundial. Sin embargo, la pobreza no es exclusiva de ciertos países africanos o latinoamericanos: también en Europa tenemos población pobre, en este caso medida de forma relativa, es decir, teniendo en cuenta la renta media del país y calculando qué población se aleja de ella. En concreto, la Unión Europea propone considerar pobre a todo aquel individuo u hogar que perciba menos del 60 % de la renta media nacional, que en el caso de España se situaría en torno a los 700 euros al mes y que alcanzó en 2017 al 22 % de los españoles.

Desde la Unión Europea se viene fomentando un nuevo término que trasciende la visión económica,

al definir un concepto que aglutina gran parte de los procesos derivados de la desigualdad (precariedad laboral, vulnerabilidad residencial, aislamiento social...). Se trata de la *exclusión social*, fenómeno en ascenso, que deriva del sistema económico y social que reina en las sociedades actuales: el capitalismo y el consumismo.

Las primeras aproximaciones al concepto de *exclusión* se encuentran en Francia, de la mano de Lenoir, en su obra *Les exclus: un français sur dix* (1975). Posteriormente, también en Francia, Castel (1997) insiste en su carácter procesual y dinámico, distinguiendo tres grados o posiciones sociales según la situación laboral y familiar: inclusión, vulnerabilidad y exclusión. Simultáneamente, Tezanos (1997) realizó una de las diferenciaciones más citadas entre pobreza y exclusión, dejando claro, entre otras distinciones, que estamos ante un fenómeno de las sociedades postindustriales y que los riesgos sociales podían ser mucho mayores que los de la pobreza, e incidía en las tendencias de exclusión en términos de *insiders/outsiders*, es decir, dentro o fuera del sistema social, y no tanto en el binomio arriba/abajo en que se escenificaba la pobreza.

Por su lado, otro referente español en la conceptualización de la exclusión social es Subirats (2004), que la define como un fenómeno estructural, dinámico, multidimensional, multifactorial, con un componente subjetivo y susceptible de ser reducido mediante la intervención pública. Uno de los principales méritos

de este autor es haber concretado los siete ámbitos en los que se puede materializar (económico, laboral, formativo, sociosanitario, residencial, relacional y ciudadanía-participación), ámbitos que se han denominado *dimensiones de la exclusión social*. Y se ha encontrado finalmente otro interesante avance en su medición de la mano de Laparra y colaboradores (2007), cuando operativizan el concepto, que es aplicado en los estudios a través de una encuesta de la Fundación FOESSA en España.

Seguidores de esta línea, desde el Observatorio de la Exclusión Social de la Universidad de Murcia se han realizado diversos estudios regionales con dicha metodología, al tiempo que se ha avanzado en su definición y concreción, dado que ha sido analizada mediante diferentes técnicas (encuesta, entrevista, historias de vida y observación participante) y se ha aplicado a diferentes colectivos vulnerables (jóvenes, personas sin hogar...).

Bajo la óptica multidimensional de la exclusión, la protagonista de esta obra, María, acumula desventajas en todos los ámbitos descritos, de forma estructural y con una visión personal, que se pueden graduar en los tres niveles de inclusión, vulnerabilidad y exclusión propuestos por Castel, si bien aplicados a las siete dimensiones:

- *Ingresos*: exclusión. La pobreza extrema impregnó a María desde sus primeros años de vida, y aun de

adulta, las deudas y créditos pendientes de pago la acompañan.

- *Trabajo*: vulnerabilidad. Siempre ha trabajado, sin contrato y con doble empleo, en tareas poco cualificadas y con bajo salario, lo cual es insuficiente para algo más que alimentar a su familia.
- *Vivienda*: exclusión-vulnerabilidad. Inicialmente reside en viviendas inadecuadas, sin apenas condiciones de habitabilidad. La emigración y el apoyo del Estado le permiten acceder a una vivienda social, de bajo préstamo, aunque siempre tiene dificultades para pagar el crédito.
- *Educación*: exclusión (absoluta). María es analfabeta. Solo fue un día a la escuela.
- *Salud*: inclusión. Es la mejor ventaja de María, casi la única. No se le reconocen enfermedades ni discapacidades. Quizás por eso sigue luchando.
- *Relaciones sociofamiliares*: vulnerabilidad (alta). Desde su nacimiento, casi en orfandad, pasando por la separación de su marido, hasta el desamparo de sus siete hijos e hijas. Solo cuenta con el apoyo directo de una de ellas, la mayor.
- *Participación ciudadana*: vulnerabilidad. María ha reivindicado muy poco sus derechos como ciudadana: sí accedió a una vivienda social, sí echó a su marido de casa por violencia reiterada, aunque no por protección legal o justicia institucional, sino por su valentía y dignidad.

Por deformación profesional, me ha sido imposible resistirme a realizar la anterior valoración. No obstante, no es la finalidad del doctor Gárate medir el grado de vulnerabilidad o exclusión de María, sino algo más elevado: acercarnos a la piel de una mujer que representa a otras muchas mujeres; hacernos sentir cómo se vive en la precariedad crónica o, mejor, cómo se sobrevive en un contexto de privaciones permanentes, impregnado de discriminaciones múltiples (laboral, educativa, etaria o de género).

Visiones de la desigualdad

Al hacer la lectura del texto, se suscitaron en mí un conjunto de sensaciones, entre ellas el no estar solo en la tarea de prologar este excelente libro. Por ello recurrí a mis colegas habituales de docencia e investigación, con el fin de indagar en sus visiones de la desigualdad social, de su origen, causas y consecuencias. Fueron doce las y los seleccionados, con paridad de género, no todos sociólogos, aunque sí la mayoría; también hay pedagogos, una jurista, un teólogo-antropólogo, una economista y una trabajadora social. Les pedí su opinión, a la vez que solicitaba el vínculo con su área académica o investigadora. Todos respondieron en tiempo y forma, no hubo «No sabe / No contesta»; el tema interesa y mucho. Como era de esperar, bastantes visiones coinciden en la forma, aunque cambian los matices, a veces, fundamentales.

Gran número de las aportaciones coinciden en señalar que la desigualdad social se relaciona con el diferente acceso de los individuos a los recursos de una sociedad, con la diferente posición social que ocupan y el poder asociado a ellos que, sin duda, pueden condicionar el uso y disfrute de determinados bienes públicos, como la educación, la sanidad o los derechos de ciudadanía (voto, manifestación...). Estas aportaciones vienen de la mano de más de la mitad de mis colegas (Pilar, Francisco, Elena, Juanjo, Esther, Marta, Salva, Olga y Lola). También de Rainer, aunque este aporta un interesante matiz, poniendo en valor la ventaja de la diferencia frente a la uniformidad entre los miembros de las sociedades, en cuanto a riqueza social y a motivación por la distinción o por la promoción individual; por tanto, la desigualdad como aspecto negativo de una sociedad solo se manifestaría cuando esta limita las decisiones de los individuos, cuando no hay opción a ser o actuar de otra forma. Así lo refrenda Esther, desde la cercanía del trabajo social con colectivos vulnerables, pues la desigualdad social se evidencia en la transmisión intergeneracional de la pobreza.

En cuanto a las consecuencias de la desigualdad en las distintas esferas sociales, a pesar de la riqueza de disciplinas y campos de estudio, podemos concentrarlas en varios ámbitos sociales (laboral, educativo y participativo) y en tres ejes transversales (género, etnia y edad).

Para pedagogos y sociólogos de la educación, la conexión entre sistema educativo y desigualdad es clara. Para Juan Carlos y Eduardo, la escuela o el sistema educativo reproducen las estructuras sociales y, por ende, la desigual distribución de los recursos y oportunidades, lo cual perpetúa las distancias sociales. Marta se centra más en las consecuencias de la desigualdad social: los hijos de familias con menos recursos presentan bajo rendimiento académico y suelen tener dificultades para lograr la integración en un grupo, y conecta esta baja integración educativa y social con menores posibilidades de acceso al empleo. En este caso, coincide con las aportaciones de Elena y Salva, que no solo vinculan la desigualdad educativa con la laboral, sino que matizan claramente la existencia de ejes de discriminación social, donde las distancias se amplían; se refieren, claro está, al género, la etnia o la edad, cuando inciden en la precariedad laboral vinculada a ser mujer, extranjero o joven.

Desde la perspectiva jurídica, la sociología política y la antropología, Lola, Juanjo y Rainer consideran al unísono que las peores consecuencias de la desigualdad social se dan cuando limitan la capacidad reivindicativa o la participación ciudadana en la toma de decisiones de los asuntos públicos. Por supuesto, los tres insisten también en las brechas de poder según género, etnia y edad.

No quisiera acabar este compendio de visiones sobre la desigualdad sin el matiz que aporta Eduardo,

en clara sintonía con el profesor Gárate. Para ambos, la desigualdad social es, ante todo, un problema ético. Es una cuestión de libertad, añade Olga, refiriéndose al enfoque de Amartya Sen, para quien la desigualdad social coarta la posibilidad de elegir, la oportunidad real de conseguir los propios objetivos; muchas veces, mermados por la propia situación de privación, dejando a la persona sin expectativas, resignada, sin capacidad de decisión.

Los contenidos y aportaciones de la obra

Esta obra, literaria y científica a la vez, ha sido estructurada por su autor en dos partes diferenciadas.

En la primera de ellas, «La vida de María en una cadena de microhistorias», nos relata en nueve episodios la vida de María, no siempre en orden cronológico, más bien al contrario, pues, como en las buenas novelas, empieza por el final.

En las microhistorias encontramos una amplia descripción del contexto en el que nace y crece María: un pueblo rural que, como otros muchos, experimenta un fuerte proceso de emigración hacia las ciudades, en busca de nuevas oportunidades, durante los años ochenta y noventa del siglo xx.

María nació desigual, víctima de las consecuencias económicas, sociales y familiares: medio rural extremadamente precario y de bajo desarrollo, orfandad, exclusión educativa, explotación laboral infantil, ma-

ternidad prematura, emigración forzada, violencia de género, conflicto familiar con los hijos... Todo ello va generando ciertas cicatrices en María, como miedo, soledad, desilusión o desdicha. Sin embargo, también nos transmite el autor la gran resistencia de María ante el cúmulo de desventajas sociales que le tocó vivir y, sobre todo, su enorme tenacidad, no siempre exitosa, para evitar la reproducción en sus hijos de su condición de desigual.

La obra describe una extensa variedad de fenómenos sociales derivados de la desigualdad: marginación, discriminación, división sexual del trabajo, violencia de género, transmisión intergeneracional de la pobreza... Todos ellos se encuentran en la vida de la protagonista, María. No obstante, también su trayectoria se impregna de honor y dignidad, especialmente sobre ella misma, sobre su condición de mujer pobre y en la resistencia a admitir que se repita la historia en sus hijos.

La escuela, o más bien la ausencia de ella, tiene un papel muy relevante en la historia de María. Inseparable de su condición de orfandad prematura, en un contexto de familia rural y pobre. El papel de la familia o, de nuevo, el no papel, es fundamental: ausencia de los padres y abuela no cuidadora que reproduce el modelo de explotación laboral infantil del entorno. María es y no es, a la vez. Tiene cierta conciencia de su condición social, de la dualidad de las clases sociales, reflejo de la casa donde limpia María

por las mañanas; sin embargo, no es suficiente para promover el cambio. No puede o no la dejan. Es una trayectoria de no éxito, de lo que no hay en María, de lo que se le negó por su condición social, de lo que priva la desigualdad.

Aunque en todos los apartados o microhistorias se va combinando el relato de María con referencias teóricas, de otras experiencias del autor o de sus propias aportaciones, es en la segunda parte de la obra, denominada «El naufragio de las invisibles», donde el profesor Gárate, a modo de epílogo, reflexiona sobre los elementos que considera fundamentales para la igualdad, como la escuela y la familia, al tiempo que apuesta con pasión por soluciones desde la solidaridad, desde la pedagogía de la alteridad.

Con todos estos ingredientes, tan sabiamente combinados, se obtiene un excelente producto que, sin duda, dejará huella en sus lectores; pues, ante todo, el doctor Alberto Gárate humaniza la desigualdad en el personaje de María y escenifica las múltiples esferas donde se configura la exclusión social.

Además, el texto enfatiza la relevancia de la familia y la escuela como motores de la promoción social, más allá de las limitaciones que impone el sistema social y económico, para romper el círculo vicioso de la pobreza y la marginalidad.

A pesar de mi experiencia en la confección de relatos de grupos sociales vulnerables, algunos muy vulnerables, que residen en las calles de Murcia,

me han sorprendido y han dejado huella en mí dos consecuencias de la vulnerabilidad social, familiar y educativa que ha visibilizado el profesor Gárate en la figura de María. Por un lado, su desesperación por la promoción social de sus hijos, solo alcanzada en una de sus descendientes. Por otro, las cicatrices afectivas y emocionales de la pobreza: nadie enseñó a María a dar abrazos.

Gracias, don Alberto, por esta obra y por permitir que sea cómplice de ella.

MANUEL HERNÁNDEZ PEDREÑO

Profesor de Sociología

Director del Observatorio de la Exclusión Social
de la Universidad de Murcia (OES)

Referencias

- Anderson, T. (2014). «¿Por qué importa la desigualdad? Del economicismo a la integridad social». *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 223: 191-208.
- Béjar, R.; Hernández, H. H. (1993). *Población y desigualdad social en México*. México: Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM.
- Castel, R. (1995). «De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso». *Archipiélago*, 21: 27-36.
- Cortés, F. (2016). «Discusiones sobre desigualdad y clases sociales en América Latina en los albores del siglo XXI». En: Ortiz, L. (coord.). *Desigualdad y clases sociales* (págs. 23-60). Buenos Aires: CLACSO.
- Laparra, M. *et al.* (2007). «Una propuesta de consenso sobre el concepto de exclusión social. Implicaciones metodológicas». *Revista española del Tercer Sector*, 5: 15-57.
- Tezanos, J. F. (1999). *Tendencias en desigualdad y exclusión social*. Madrid: Sistema.
- Therborn, G. (2015). *La desigualdad mata*. Madrid: Alianza.

Nota

El grupo de investigación en familia, escuela y valores de CETYS Universidad desarrolla un estudio sobre la desigualdad social en la frontera noroeste de México. Es una investigación cualitativa basada en un modelo categorial que elaboraron a partir de la teoría de las capacidades de Sen y Nussbaum. Los académicos Carlos González y Cecilia Contreras encabezan el trabajo que verá su conclusión en la primavera de 2019. Parten del supuesto de que la desigualdad no es lo mismo que la pobreza y que, si bien en esta región del país existe pobreza extrema, lo que predomina es la desigualdad social, y ello trae como consecuencia que las personas que viven en estos contextos no puedan desarrollar capacidades ligadas con la vida, las emociones, el crecimiento personal y la colaboración con el colectivo.

La parte empírica se basó en la identificación de personajes que, habitando en la marginalidad, contasen con las condiciones esenciales para vivir: trabajo, vivienda, servicios básicos, acceso a la educación, entre otras. Así, con una muestra intencionada, entrevistaron a 10 personas. Conforme avanzaban en estas

tareas, compartieron generosamente conmigo varias entrevistas transcritas. Una de ellas llamó poderosamente mi atención. Era, sin duda, la mejor lograda. Trabajadora doméstica y obrera de maquiladora al mismo tiempo, habló desde las profundas cavernas que la constituyen. Además, la entrevista transita por planicies y hondonadas. La mujer, víctima de la desigualdad del mundo que le toca vivir, describe sus circunstancias y las explica como si fuese esa la ruta trazada y no hubiese otra.

Los investigadores González y Contreras procesarán esta y el resto de las entrevistas en el paquete Atlas.ti, crearán redes semánticas y realizarán la debida interpretación de datos. He solicitado su permiso para utilizar fragmentos de la entrevista con esta mujer, en un estilo narrado y no interpretado a la luz del discurso teórico, como seguro que harán ellos. Valoro enormemente su autorización.

Presentación

*Qué la vida le ha dado o negado
Qué de ella ha querido y podido,
O qué ha podido, pero ella no ha querido...
Algo ha de existir por ahí, metido en la esencia de la persona,
Algo que no es dado por la herencia,
Ni tampoco lo aprehendió del entorno que nos corresponde...
un tercer elemento que es absolutamente propio, del
individuo y de nadie más...
eso que lo define, no otra cosa...*

JOSÉ LUIS BONILLA ESQUIVEL

Esta no es una historia que busca el desconsuelo, este se aparece desde los primeros párrafos al encontrar en una vida la tierra húmeda que lo ha mantenido y, con cinco décadas de existencia, no se lo ha podido sacudir, a pesar de no haber sufrido daños existenciales. María es trabajadora doméstica y obrera de maquiladora, ha forjado una vida de vientos fuertes y encontrados; una vida de piedras en fuga que se tuerce en el desaliento y que, entre heridas de todo tipo, a veces le quedan ganas para volverse a enamorar de la vida a través de la inocente sonrisa de al-

gún nieto, cierto, con el desconsuelo como sombra. La educación como posibilidad, ruptura, expectativa, renuncia, imposibilidad, deseo, está en cada una de las páginas que conforman este libro, lo mismo que los desgarramientos de este espacio contemporáneo al que Bauman denominó *vida líquida* (2006).

Trabajadora doméstica y obrera de maquiladora. Su vida ha estado ligada a la vida en la frontera norte de México. El interés de su historia radica en este punto crucial: la mujer nunca ha sufrido, en el sentido existencial del concepto. Su vida tiende más a la normalidad que a la tragedia. La pobreza genera un sentimiento de desesperanza, no un sufrimiento que no encuentra alivio. Ella no se reflejó nunca en un espejo de dolor como este: una persona perdió a sus padres, y después tuvo la terrorífica experiencia de ver morir a dos hijos, y luego le secuestraron a una hermana y nunca la encontró. Hoy día va caminando por la calle y de pronto se desvanece porque no hay nada que la sostenga. No es el caso de María; ella no ha conocido el sufrimiento, ni por las muertes de los suyos ni por las enfermedades mortales, ni tiene hijos con epilepsia, o con lupus o cáncer. Su vida en muchos momentos pudo haber dado un giro y lo que llama la atención es que nunca lo dio; que el contexto se le impuso y ella no supo rebelarse; que el círculo de la fatalidad nunca lo pudo romper; que ni siquiera tuvo conciencia de ese círculo y que se fue acomodando a lo que el mundo en el que se movía le fue dando.

Alguno de sus hijos se droga y a ella le da vergüenza y lo niega recurrentemente, pero no han muerto, y no tiene que llorarlos por eso, sí por otras tantas cosas. En esa forma de vivir hay también una enseñanza.

No se describe en este libro la vida de una persona al estilo de aquella famosa familia de *Los hijos de Sánchez*, con la cual Oscar Lewis (1961) inaugura un nuevo modelo metodológico para las ciencias sociales. Opté, como era previsible, por meterme en la desmesura de sus emociones. Descubro que ella no manda ahí y casi en ninguna parte de su vida, la cual se asemeja a un lote baldío. Pero, partiendo de la poderosa conjetura de que hasta la bondad tiene plazos que expiran y que la desolación no es una materia que se enseñe en la escuela, puede que la parte final de la vida de María encuentre una sombra rala que le traiga algo de frescura.

Este libro se compone de un conjunto de microhistorias. El personaje central es María. El entorno sociocultural y la educación son los jueces que la interrogan constantemente. Cito en una de ellas a Juan Rulfo y su *Pedro Páramo* (1955). Dice Rulfo:

Hay pueblos que saben a desdicha. Se les conoce con sorber un poco de su aire viejo y entumido, pobre y flaco como todo lo viejo.

Será por ello por lo que, al escribir las microhistorias de María, me entra la desazón. La mujer no carga

con la pobreza extrema, pero sí carga con una vida que, como diría José Emilio Pacheco en *Los días que no se nombran* (2011), alguien se la eligió y no fue ella. Va de tropiezo en tropiezo y aun así se mantiene sana y con ganas de hacer, no sabe qué, pero hacer. Quizás lo que quiera decir con ello es que se mantiene con ganas de vivir, a pesar de que, de los siete hijos que tuvo, solo un par de chicas sepan para dónde van. Los otros flotan y son movidos por los ventarrones. Y cuando caen, ruedan por ahí.

El ángulo de interés de estas microhistorias radica en que el diario devenir de María está enmarcado en una vida tan común como la de tantísimos hombres y mujeres de esta época. No está en ninguno de los extremos: ni en las historias insólitas de personas que alcanzaron un éxito rotundo viniendo desde la precariedad como, por ejemplo, Frank McCourt y su ascenso a la fama literaria con *Las cenizas de Ángela* (2015), ni en el del más oscuro dolor del que padece una enfermedad incurable o del que vive la crueldad de la pobreza extrema. No, el traje de su vida se ajusta al común de mujeres que viven en la pobreza, que se acomodan en los barrios populares o zonas urbanas marginales; que tienen agua, luz, drenaje y acceso a los servicios médicos y a las escuelas públicas (de mala calidad, pero lo tienen); que al mismo tiempo, y para no quedar al margen de los estilos de vida actuales, trabajan por algo más que un salario mínimo, buscan tener una casa propia de interés social y ven

en las tiendas departamentales una mano salvadora para salir de sus deudas crónicas. Y ahí está una de las grandes trampas de la existencia. Comprar hoy y cerrar los ojos, la deuda me acosará mañana. Mujeres de la frontera, sin escolaridad suficiente para buscar un trabajo mejor remunerado, entonces lo que les queda es emplearse como domésticas o en algunas de los cientos de empresas maquiladoras que hay en estas ciudades.

Esta es la historia de María, nativa de Mexicali, Baja California, México, tan suya como de otras. Bien podría ser la de Rebeca de Ciudad Juárez, o la de Lola de Tijuana, o la de Socorro de Matamoros. Tiene razón Lipovetsky cuando diserta sobre los tiempos hipermodernos y llega a acuñar la expresión *era del vacío* (2006), la cual describiremos más adelante. Si bien tal explicación llegó tarde y desdibujada a la frontera norte de México, aquí está, impregnándose de la cultura citadina, mostrándonos que María, tan ajena a esos planteamientos teóricos, se ajusta a ellos como anillo al dedo. Y vive una vida que es de ella pero que parece ser de todas; una vida a la que se acomoda porque no tiene otra, porque no se puede salir y, quizás lo peor de ello, porque no tiene otros referentes para salir.

No hay en este libro un principio científico ni un constructo metodológico de notable academicismo. La vida de esta mujer se le presentó al escritor y eso fue suficiente para querer entenderla, relatarla e in-

terpretarla. En los términos de Nash (2004), la posmodernidad reconoce en la narrativa personal algunos criterios de verdad: la apertura, la plausibilidad, la vulnerabilidad, la creatividad narrativa, la ingeniosidad interpretativa, la coherencia, la cautela y un principio valoral definitivo como es la honestidad personal. Me adscribo a la creatividad narrativa y a la ingeniosidad interpretativa. No hay un cuerpo categorial, a pesar del modelo de las capacidades funcionales de Martha Nussbaum (2012). Hay sucesos, momentos, circunstancias, el azar, la claridad brutal de un pensamiento determinado y predeterminado por el barrio, el contexto, la cultura transgeneracional. Hay una terquedad que se descubre en cada página por encontrar en la educación y en la escuela un armamento potente para cambiar la ruta y el destino. El que escribe rasga y busca indicios de los buenos profesores y no los encuentra. María fue ajena a ellos, pues solo estuvo un día en un salón de clases.

Su existencia parece que rueda, que da vueltas, que va y viene, como otras tantas trayectorias que son distintas pero que son iguales. ¿A dónde va una vida que no se elige? ¿A dónde van sus retos, sus escasas sorpresas, sus malestares físicos y el miedo constante que la asalta en las madrugadas? No lo sé. En estas páginas está la vida de María. Cada quien al leerla sacará sus conclusiones. Por lo pronto, se podría afirmar que, entre muchas de las tragedias de los seres humanos, una de las mayores sea no saber para dónde ir. En

esas circunstancias, hay que tener mucho coraje para no desplomarse en medio de la desesperanza. Descubirla podría asegurar que aun entre los sofocones del mundo actual, de ese mundo que no elegimos, se puede rasgar una parte de la piel, hacer una hendidura y por ahí colar una pálida luz que cincele, aunque sea burdamente, algunas motitas de porvenir.

Para cerrar, comparto un pasaje inédito de Pedro Ortega, un pedagogo español al cual debemos los primeros escritos sobre la pedagogía de la alteridad. En el invierno de su vida reflexiona sobre la condición humana. Su pensamiento sintetiza la fragilidad que caracteriza al *homo sapiens*. Por el sentido que tienen sus planteamientos, he pedido su autorización para incluir sus reflexiones a manera de preámbulo de este libro:

El hombre (y la mujer) es un animal muy especial: tiene que «inventar» la vida, su vida para seguir existiendo. Es un ser necesitado, limitado. No es ningún dios venido a este mundo. Está amenazado constantemente por la enfermedad, el sufrimiento y la muerte. Vive siempre en despedida, porque el tiempo no le pertenece y la «circunstancia» del aquí y del ahora le acompaña como una sombra de la que nunca puede desprenderse. El tiempo y el espacio, el aquí y el ahora, son los límites en los que juega la vida. No hay horizontes infinitos; jugamos siempre en el corto espacio. Mientras vivimos, caminamos a tientas, en la incertidumbre, de-

jando pequeñas huellas, señales efímeras de esperanzas y frustraciones, de propósitos incumplidos, de noches en vela, de amores consumados. La vida es siempre crepúsculo y aurora. Muerte de lo que acaba y aurora de lo que empieza.

Los humanos no nos sentimos instalados definitivamente en ningún sitio o lugar. Nos pasamos la vida inventando nuevas formas de «dominar» nuestro medio, tratando de «encajar» del modo mejor posible en él, y para ello lo transformamos, creamos otro «mundo» según nuestras aspiraciones y necesidades. Nunca nos acomodamos definitivamente a nada. Somos extranjeros en nuestra propia tierra. La adaptación perfecta solo acontece en los animales, porque en ello les va la vida y la permanencia de su especie. Los seres humanos, en cambio, nos vemos obligados a crear y construir «nuestro» mundo, nuestro hábitat a través de las interacciones que establecemos con los demás. Tampoco la familia o una comunidad religiosa es algo que nos viene «dado», algo en lo que tenemos que «encajar». Es, por el contrario, una construcción que necesita reiniciarse, día a día, porque nunca está definitivamente realizada.

A veces soñamos con la comunidad «ideal» en la que podamos sentirnos seguros, libres de los miedos que provoca la inseguridad de una elección arriesgada, como toda elección humana. Y esta comunidad, obviamente, no existe. Tenemos que convivir, mientras seamos peregrinos en esta tierra, con la incertidumbre y la inseguridad del camino emprendido. Y la familia,

la escuela o la comunidad de religiosos no nos inmunizan de esta servidumbre que comporta la existencia humana. Tenemos que convivir, allá donde estemos, con estos inevitables «compañeros» de viaje. Es esta nuestra condición humana.

La vida se debe entender como un *nacer cada día*; como la exigencia de sembrar esperanza para hacer posible la vida a nuestro alrededor, porque quien nada espera ya ha muerto.

Las expresiones de María estarán cuestionando o reafirmando los planteamientos de Pedro. En cada microhistoria parecerá decirnos: «Tiene razón, Sr. Ortega, yo siempre caminé a tientas, en la incertidumbre. No sé si dejé huellas. Lo que sí tengo claro es que nunca pensé en “la exigencia de sembrar esperanza para hacer posible la vida a nuestro alrededor”. Eso lo saben los que estudian, los que supieron ser inteligentes y vivir una buena vida. Yo no hice nada de eso. Lo que sí sé es que no he muerto, no me puedo morir, es más, no puedo siquiera enfermarme. Los que quiero dependen de mí y parecen ser más débiles que yo, a pesar de que yo soy bastante frágil. Entonces, algo espero, ¿qué es lo que espero? Ayúdenme a descubrirlo ustedes, que son los que tienen escuela, que son los que han leído, que son los que pueden sembrar esperanza en los desvalidos. Los que crecimos en la pobreza no tenemos respuesta».

Índice

Agradecimientos	9
Dedicatoria	11
Prólogo	13
Sobre desigualdades, pobreza y exclusión social	13
¿Qué es la desigualdad?	15
Pobreza y exclusión social	17
Visiones de la desigualdad	21
Los contenidos y aportaciones de la obra	24
Referencias	28
Nota	29
Presentación	31
PARTE I. LA VIDA DE MARÍA EN UNA CADENA DE MICROHISTORIAS	41
El último de los naufragios	45
Pero si es una niña con otra niña	51
La escuela, otro de los fantasmas	59
Lo detuve a cabronazos	67
Para pagar las deudas	77
No los quiero en la calle	93
La felicidad y la escuela	103

De dónde nos viene la tristeza	115
<i>Mil soles espléndidos</i> atrapados por el desamparo	127
El anciano del Pichincha	132
La vida en círculos	134
PARTE II. EL NAUFRAGIO DE LAS INVISIBLES	141
Las expectativas de las invisibles	145
El mundo de la desigualdad y la educación	152
Una posibilidad desde la pedagogía de la alteridad	156
Referencias	165